

Constituye un honor tan grande el que he recibido, siendo elegido para pronunciar esta alocución previa a la Ronda, que me siento abrumado. Abrumado, honrado y emocionado.

Tan abrumado que me costó mucho encontrar las palabras para abrir un acto que siempre he mirado con la devoción, tensión y nervios que acumulo hasta que, esperando estar bajo el capillo, como un papón más, irreconocible, a la puerta de Santa Nonia una mañana cualquiera de Viernes Santo desde hace casi cuatro décadas, empieza el paso de lista. Ahí la tensión se torna en emoción.

Honrado de poder representar a los miles de hermanos y hermandas a los que tanto me une. La religiosidad, la fe y la hermandad, sí. Pero también la tradición, el legado, el sentirnos depositarios de algo tan grande que ha unido a generaciones durante más de cuatro siglos.

Un vínculo indeleble e incomprensible para quien no sea de León, para quien no sea papón.

Porque yo, además de alcalde, y antes de máximo representante de todos los leoneses, fui, soy, hermano del Dulce. Soy, por ello, cofrade de miles de leonesas y leoneses que visten túnica negra o portan mantilla y rosario. Soy un negro del Dulce Nombre.

Un papón emocionado hoy, como nunca. Como siempre.

Porque mis ojos se han llenado de lágrimas cuando los Pasos no podían salir de Santa Nonia.

Porque he llorado de emoción en el Encuentro en la Plaza Mayor, con sentimientos tan a flor de piel que el corazón late acelerado sin saber por qué.

Porque he temblado al oír “el prendimiento en los toques de la esquila, los destemplados redobles del tambor marcando el camino del patíbulo, los alarmantes toques del clarín” de la negación, que definió Máximo Cayón Waldaliso.

He llorado al ver los ojos anegados de mi padre -siempre papón, a veces abad- y la emoción de la primera salida de negro de mis hijos. He visto lágrimas sin contención en la cara de mi madre cuando, aun adolescentes, nos anudaba la negra corbata. Orgullosa desde su fe de la herencia que nos traspasó sin forzar, con ejemplo más que con la palabra.

Me he conmovido al ver miles y miles de leoneses, entrelazados por un sentimiento que nada ni nadie podrá apagar, ni acallar, ni ocultar; leoneses a pie de acera esperando a nuestro padre Nazareno, la Madre Dolorosa, el Prendimiento, la Flagelación o el San

Juan. Conocedores de estar viviendo un momento único, especial, repetido durante centurias, pero nunca igual. Teñido del dolor de presagio de la muerte, de la esperanza en la resurrección y de la fe en su protección.

Emociones vívidas que se solaparon el pasado año con la congoja inmensa de una suspensión marcada por la incertidumbre y el temor de las primeras semanas de una pandemia que no pudimos presagiar tan dura.

Sobrecogidos con dolor profundo en este Jueves Santo marcado por las ausencias de quienes nos han dejado.

Ya nada volverá a ser lo mismo.

Nadie olvidará que en este 2021 no podemos seguir la Ronda, no habrá Encuentro... ni recogida.

No podremos repetir el ritual de preparación anudando el cingulo, ese momento sublime en el que cada hermano rememora su año y sus Viernes Santos. Esos viernes que siempre, de madrugada, comienzan con el Levantaos Hermanitos, que quiebra el amanecer; esos viernes, tejidos en nuestros recuerdos y nuestras esperanzas, adheridos a la piel que ha de cubrir la negra túnica.

No. Ya no podremos desligar de nuestra memoria este Viernes en el que tantos y tanto nos falta. Este viernes en el que estaremos echando en falta tantas cosas.

Pero la calle esperará. La calle que sabe de pérdidas y de ausencias, como tan bello dice Joan Margarit en su poema la soledad.

“Tu calle, aún durante mucho tiempo,  
esperará, delante de tu puerta,  
con paciencia, tus pasos.  
No se cansará nunca de esperar:  
nadie sabe esperar como una calle”.  
(...) Y quedaremos, como explican sus versos,  
“mientras los días van, con lluvia o cielo azul,  
organizando ya la soledad”.

Organizaremos nuestra soledad, tejeremos nuestra esperanza y, así, el próximo año la esquila, el clarín y el tambor nos recordarán quiénes somos, por qué somos y qué nos une.

Nuestro Padre Nazareno nos ayudará a sobrellevar este dolor tan inmenso de quienes nos faltan.

Él nos mostrará el camino.

Curarán nuestras heridas pero la cicatriz seguirá ahí recordándonos que nada fue igual en este 2021, pero que seguimos levantándonos, hermanitos.

Así nos marca la tradición, la fe y la esperanza.

En León, en la madrugada del Jueves al Viernes Santo del año 2021

Hno. José Antonio Díez Díaz.  
Alcalde de León.



*Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno*

FUNDADA EN 1611

C/ Santa Nonia nº 24 24003 LEÓN

www.jhsleon.com • jesusnazareno@jhsleon.com • Tfno: 987 263 744